

la Judea y en las tribus del desierto, temia que esto pusiese en lenguas mi consideracion y destruyese el respeto y prestigio de obediencia que nos rodeaban, por lo cual cesé de montarle y le hacia llevar de mano en mi comitiva. No dudo que debimos una gran parte de la deferencia y del temor con que siempre nos trataron, á la hermosura de los doce ó quince caballos árabes que montábamos ó que nos seguian. Un caballo en Arabia es el caudal de un hombre; tener un caballo lo supone todo, equivale á todo, y así se formaban una alta idea de un franco que poseia tantos caballos y tan hermosos como los de su jeque y los de bajá.

Volvemos á Jerusalem por aquel mismo valle que cruzamos de noche al llegar á ella. Antes de entrar en la primera garganta de las montañas, en una ancha y hermosa meseta que domina el llano, vemos evidentes vestigios de antiguas construcciones, y suponemos que aquel es el verdadero solar de la antigua Jericó. Se han necesitado grandes progresos de civilizacion para edificar las ciudades en los llanos:—casi nunca se engaña uno buscando las ciudades antiguas en las alturas.

En esta garganta coloca la tierna parábola del Samaritano la escena del homicidio y de la caridad. Parece que desde los tiempos del Evangelio estos valles tenian mala fama.

—Dia fatigoso por la monotonía de catorce horas de camino y por el excesivo ardor del sol re-

verberado por las escarpadas laderas de los valles; á nadie encontramos en estas catorce horas mas que á un pastor árabe que estaba apacentando un innumerable rebaño de cabras negras en la cima de un collado.

2 de Noviembre, acampado junto á la piscina de Salomon, bajo las murallas de Jerusalem.

Queriamos consagrar un dia á la oracion en aquel sitio hácia el cual todos los cristianos se vuelven orando, como los mahometanos se vuelven hácia la Meca. Rogamos al religioso que desempeñaba, él solo, el cargo de cura en Jerusalem, que celebrase, por nuestros parientes vivos y muertos, por nuestros amigos de todos los tiempos y de todos los lugares, por nosotros mismos, en fin, la conmemoracion del grande y doloroso sacrificio que regó aquel suelo con la sangre del Justo para hacer germinar en su seno la caridad y la esperanza: todos asistimos á la misa con los sentimientos que nuestros dolores, nuestros recuerdos, nuestras pérdidas, nuestros deseos y nuestras diversas medidas de piedad y creencia, nos inspiraban á cada cual: elegimos por templo y por altar la gruta de Getsemaní, en lo hondo del valle de Josafat:—á esta caverna del pié del monte de los Olivos se retiraba

Cristo, segun las tradiciones, para sustraerse à veces à la persecucion de sus enemigos y à la importunidad de sus discípulos; allí se engolfaba en sus celestiales pensamientos y pedia à su Padre que el caliz demasiado amargo que él mismo habia llenado, como todos nosotros llenamos el nuestro pàsase léjos de sus lábios; allí dijo à sus tres amigos, la víspera de su muerte, que se estuviesen à un lado y no se durmiesen, y tres veces tuvo que despertarlos; tan fácil es de adormecer el celo de la caridad humana; allí, en fin, pasó aquellas terribles horas de la agonía, lucha inefable entre la vida y la muerte, entre la voluntad y el instinto, entre el alma que quiere emanciparse y la materia que resiste porque es ciega;—allí sudó sangre y agua, y cansado de pelear consigo mismo sin que la victoria de la inteligencia diese paz à sus pensamientos, dijo aquellas palabras finales, aquellas palabras que reasume todo el hombre y todo Dios, aquellas palabras que han llegado à ser la sabiduría de todos los sabios, y que deberian ser al epitafio de todas las vidas, y la inscripcion única de todas las cosas creadas:—¡Padre mio! ¡hágase vuestra voluntad y no la mia!

El lugar de esta gruta abierta en el peñasco del Cedron, es uno de los mas probables y mejor justificado por el aspecto de los sitios, de todos los que la piadosa credulidad popular ha asignado à cada una de las escenas del drama evangélico. Aquel

es verdaderamente el valle sentado à la sombra de la muerte, el abismo escondido bajo los muros de la ciudad, el hueco mas profundo y verosimilmente entónces el mas evitado por los hombres, donde Cristo, que debia tener por enemigos à todos los hombres, porque venia à atacar todas sus mentiras, debió buscar à veces un abrigo y recogerse en sí mismo para meditar, orar y sufrir! el torrente impuro del Cedron corre algunos pasos. Entónces no era mas que un basurero de Jerusalem: allí se repliega la colina de los Olivos para unirse con las colinas en que están las sepulturas de los reyes, y forma como un hondo recodo donde grandes masas de olivos, de terebintos y de higueras, y aquellos árboles frutales que el pobre pueblo cultiva siempre, en el polvo mismo del peñasco en las cercanías de una gran ciudad, debian ocultar la entrada de la gruta; aquel sitio, ademas, no se alteró ni dejó de ser reconocible con las ruinas que sepultaron à Jerusalem. Los discípulos que habian velado y orado con Cristo pudieron volver y decir, señalando el peñasco y los arboles:—¡Allí era!—Un valle no se borra como una calle, y el menor peñasco dura mas que el templo mas magnífico.

La gruta de Getsemaní y el peñasco que la cubre están rodeados ahora por las tapias de una capillita cerrada con llave, la cual llave permanece en poder de los religiosos latinos de Jerusalem. Esta gruta y los siete olivos del campo ve-

cino les pertenecen; la puerta labrada en la peña se abre sobre el patio de otro piadoso santuario que se llama el sepulcro de la Virgen; este pertenece á los griegos; la gruta es profunda y alta, y está dividida en dos cavidades que comunican entre sí por medio de una especie de pórtico subterráneo. Hay muchos altares labrados tambien en la roca viva, nadie ha desfigurado este santuario dado por la naturaleza, con tantos ornatos artificiales como todos los demas santuarios del Santo Sepulcro; la bóveda, el piso y las paredes son la roca misma, destilando todavía, como lágrimas, la humedad cavernosa de la tierra que lo rodea; solamente han aplicado, encima de cada altar, una mala representacion en láminas de cobre pintado de color de carne, y de tamaño natural, de la escena de la agonía de Cristo, con los ángeles que le presentan el cáliz de la muerte; si se arrancasen estas malas figuras que destruyen las que la imaginacion piadosa gusta de crear-se en la sombra de aquella gruta vacia; si dejaran á las miradas húmedas de llanto subir libremente y sin imágenes sensibles hácia el pensamiento de que está llena aquella noche, esta gruta seria la mas intacta y religiosa reliquia de las colinas de Sion; ¡pero es preciso que los hombres estropeen siempre un poco todo lo que tocan! ¡Ah! ¡Si hubieran alterado y estropeado solamente las piedras

y las ruinas de estas escenas visibles! Pero ¿qué no han hecho con los dogmas, las doctrinas, los ejemplos de aquella religion de razon, de sencillez, de amor y de humildad que el Hijo del hombre les enseñó á precio de su sangre? Cuando Dios permite que una verdad caiga sobre la tierra, los hombres empiezan por maldecir y lapidar al que la trae, luego se apoderan de aquella verdad que no han podido matar con él, porque la verdad es inmortal; pero como la piedra preciosa que los malhechores arrebatan al peregrino celeste, la engastan en tantos errores que no es posible reconocerla, hasta que de nuevo brille la luz sobre ella, y separando al cabo de siglos el diamante de su cerco, dice la filosofia:—Hé aquí lo cierto, hé aquí lo falso: esta es la verdad, éste es el error! Esta es la razon porque todas las religiones tienen dos naturalezas cuya asociacion admira à las inteligencias:—una naturaleza popular, milagros, leyendas supersticiosas, vergonzosas: impura liga con que los siglos de ignorancia y de tinieblas empañan el pensamiento del cielo; una naturaleza racional y filosófica que se descubre espléndida é inmutable, borrando con la mano el orin humano, y que, presentada á la luz eterna é incorruptible, que es la razon, la refleja pura y entera, é ilumina toda cosa y toda inteligencia con aquella claridad de verdad y amor en el fondo de la cual se ve y se ama al *Ser evidente*, Dios!

v las rinas de estas encinas visibles. Pero que
no han hecho con los árboles, las doctrinas los
ejemplos de aquella religión de razón de sen-
sibilidad que el Hijo del hom-

La misma fecha.

Existe, no léjos de la gruta de Getsemaní, un rinconcillo de tierra sombreado todavía por siete olivos, que las tradiciones populares señalan como los mismos árboles bajo los cuales se tendió y lloró Jesus. Estos olivos, en efecto, llevan impresa realmente en sus troncos y en sus inmensas raíces, la fecha de los diez y ocho siglos que han trascurrido desde aquella gran noche. Estos troncos son enormes y están formados, como todos los de los dañados olivos, de un gran número de tallos que parece que se han incorporado al árbol, bajo la misma corteza, y forman como un haz de columnas reunidas. Sus ramas están casi desecadas, pero todavía dan algunas aceitunas. Cogimos las que habia en el suelo debajo de los árboles; hicimos caer algunas con piadosa discrecion, y nos llenamos con ellas los bolsillos para llevárselas, como reliquias de aquella tierra, á nuestros amigos. Concibo que sea cosa dulce para el alma cristiana orar revolviendo entre los dedos los huesos de las aceitunas de aquellos árboles, cuyas raíces regó y fecundizó acaso Jesus con sus lágrimas cuando por última vez oró sobre la tierra. Si estos no son los mismos troncos, son

probablemente retoños de aquellos árboles sagrados; pero nada prueba que no sean idénticamente los mismos. He recorrido todas las partes del mundo donde nace el olivo; este árbol vive siglos, y en ninguna parte he hallado otros mas gruesos, aunque plantados en un terreno pedregoso y árido. En la cima del Líbano he visto cedros que las tradiciones árabes hacen ascender á los años de Salomon. No hay en esto nada imposible; la naturaleza ha dado á ciertos vegetales mas duracion que á los imperios; ciertas encinas han visto pasar muchas dinastías, y la bellota que pisamos con desden, el hueso de aceituna que revuelvo entre mis dedos, la manzana de cedro que barre el viento, se reproducirán, florecerán y cubrirán todavía la tierra con su sombra, cuando los centenares de generaciones que nos siguen hayan devuelto á la tierra este puñado de polvo que una á una le van robando. Esto no es una señal de desprecio de la creacion hácia nosotros: la importancia relativa de los seres no se mide por la duracion, sino por la intensidad de su existencia: mas vida hay en una hora de pensamiento, de contemplacion, de oracion ó de amor, que en una existencia toda entera de hombre puramente física: mas vida hay en un pensamiento que recorre el mundo y sube al cielo en un espacio de tiempo inapreciable, en la millonésima parte de un segundo, que en los

diez y ocho siglos de vegetacion de los olivos que estoy tocando, ó en los dos mil quinientos años de los cedros de Salomon.

La misma fecha.

He almorzado, sentado en las gradas de la fuente de Siloé: he escrito algunos versos, y luego los he rasgado y tirado al manantial. La palabra es un arma mellada:—los mas hermosos versos son los que no se pueden escribir. Las palabras de toda lengua son incompletas, y cada dia el corazon del hombre halla, en los matices de sus sentimientos, y la imaginacion en las impresiones de la naturaleza visible, cosas que la boca no puede espresar por falta de voces. El corazon y el pensamiento del hombre son un músico precisado á ejecutar una música infinita en un clave que no tiene mas que algunas notas. Mas vale callar: el silencio es una hermosa poesía en ciertos momentos: el espíritu la oye y Dios la comprende: basta.

La misma fecha.

Al salir del valle de Josafat, paso por junto al sepulcro de Absalon, que es un pedazo de peña tajado en el cuerpo mismo de la montaña de Siloé, y que no se ha desprendido de la roca primitiva que le sirve de base. Tiene sobre treinta piés de elevacion y veinte de ancho en todas sus faces. Lo digo á bulto, porque no mido nada; la toesa no sirve mas que para el arquitecto. La forma es una base cuadrada con una puerta griega en medio, una cornisa corintia y una pirámide en la cima.

Ningun carácter ofrece, romano ni griego:—apariencia grave, estraña, monumental y nueva como los monumentos egipcios. Los judíos no tuvieron arquitectura propia; tomaron algo del Egipto y de la Grecia, y sobre todo, á lo que creo, de las Indias. La clave de todo está en las Indias; me parece que á ellas asciende la generacion de los pensamientos y de las artes. Ellas han producido la Asiria, la Caldea, la Mesopotamia, la Siria, las grandes ciudades del desierto, como Balbec, luego el Egipto, luego las islas, como Creta y Chipre; luego la Etruria; luego Roma; luego llegó la noche, y el cristianismo, incubado primeramente por la filosofía platónica, luego por la bárbara ignorancia de la edad media, ha producido nuestra ci-

vilizacion y nuestras artes modernas. Nosotros somos jóvenes y estamos pasando apenas á la edad viril. Un mundo nuevo en el pensamiento, en las formas sociales y en las artes, saldrá, probablemente dentro de pocos siglos, de la gran ruina de la edad media, á la que estamos asistiendo. Se conoce que el mundo moral lleva su fruto, cuyo alumbramiento se efectuará en las convulsiones y el dolor; la palabra escrita y multiplicada por la prensa, llevando la discusion, el ecsámen y la crítica sobre todo, llamando la luz de todas las inteligencias sobre cada punto de hecho ó de duda en el mundo, trae invenciblemente la edad de razon para la humanidad, la revelacion á todos por medio de todos;—la reverberacion de la luz divina, que es razon y religion, por todos los centros de la humanidad.

Escelente libro podria hacerse con la historia del espíritu divino en las diferentes facas de la humanidad, con la historia de la divinidad en el hombre, en la que se hallaria este principio religioso obrando primeramente en los primitivos tiempos conocidos de la humanidad por los instintos y por los impulsos ciegos; luego, cantando por la voz de los poetas, *mens divinator*; luego, manifestándose en las tablas de los legisladores, ó en las iniciaciones misteriosas de las teocracias, indias, egipcias, hebraicas. Cuando sus formas mitológicas se desvanecen del entendimiento humano, desgastadas por el tiempo,

agotadas por la credulidad de los hombres, se le veria, diseminado y esparcido en las grandes escuelas filosóficas de la Grecia y de la Asia-Menor y en las sectas pitagóricas, buscar en vano símbolos universales hasta que el cristianismo reasumió toda verdad especulativa y contestada en estas dos grandes verdades prácticas é incontestables: adoracion de un Dios único; caridad y fraternidad entre todos los hombres. La misma religion cristiana, oscurecida y mezclada con errores, como toda doctrina que ha llegado á ser popular, por las credulidades de los siglos que ha atravesado, parece destinada á trasformarse, á volver á salir mas racional y pura, de los superabundantes misterios en que la han envuelto, y á confundir sus divinas claridades con la de la religiosa razon que ella, la primera, ha hecho brotar y elevado á tanta altura sobre el horizonte de la humanidad.

La misma fecha.

Un poco encima del nacimiento del valle del Cedron, al Norte de Jerusalem, atravesamos algunos campos de una tierra rojiza y mas fértil, cubierta de un olivar. A cosa de quinientos pasos de la ciudad, nos hallamos á la orilla de una profunda cantera, á la cual bajamos. A la izquierda, un

gran pedazo de peña, ricamente labrado, se extendia en toda la anchura de la cantera, y dejaba ver debajo una estrecha abertura, medio cerrada por la tierra y las piedras desmoronadas: apénas podia un hombre deslizarse por ella á rastras. Penetramos por ella; pero como no teniamos yescas ni hachas, volvimos á salir al instante y no visitamos las estancias interiores, que son los sepulcros de los reyes. El friso magníficamente tallado y de la mas primorosa ejecucion griega, que reina sobre el peñasco exterior, asigna á esta decoracion de los monumentos la época mas floreciente de las artes en Grecia; sin embargo, data tal vez de Salomon porque ¿quién puede saber lo que este gran príncipe tomó del genio de las Indias ó del Egipto?

3 de Noviembre, 1832.

La peste que asola cada vez con mas intensidad á Jerusalem y sus cercanías, no nos permite entrar en Belen, cuyo convento y santuario están cerrados. Montamos, sin embargo, á caballo por la tarde, y despues de haber atravesado un llano de unas dos leguas, que se estiende al oriente de Jerusalem, llegamos á una altura á corta distancia de Belen y desde donde se descubre perfectamente todo este pueblecito. Apenas estábamos sentados

en ella, cuando una numerosa cabalgata de árabes belenitas llega y pide serme presentada: despues de los cumplimientos acostumbrados, me dicen que vienen diputados cerca de mí por la poblacion de Belen para hacerme disminuir el impuesto que Ibrahim-Bajá ha echado á su pueblo; que saben, por la fama y por los árabes de Abugosh, su gefe, que Ibrahim-Bajá es mi amigo y no me desairará seguramente si solicito su indulgencia para ellos. Como los árabes belenitas son la mas detestable raza de estos paises, siempre en guerra con sus vecinos, siempre tiranizando y saqueando el convento latino de Belen y del desierto de San Juan, les respondo con gravedad, dirigiéndoles severas reconvenciones por sus rapiñas; que tomaré en consideracion su solicitud y que la presentaré al bajá, pero á condicion de que respetarán á los europeos, á los peregrinos, y sobre todo á los conventos de Belen y del desierto de San Juan; y que si cometen la menor violacion del domicilio de aquellos pobres religiosos, la resolucion de Ibrahim es exterminarlos hasta el último, ó echarlos á los desiertos de la Arabia Petrea. Añado, y me parece que esto les hace una viva impresion, que si no bastan las fuerzas de Ibrahim-Bajá, los bajás de Europa están decididos á ir en persona á castigarlos: entre tanto, los escito á pagar el tributo. Desde aquel dia hasta el de mi partida, tuve constantemente en